

EL PSICOANÁLISIS COMO MITO

Silvio Juan Maresca

Hace ya tiempo que se ha tomado distancia de la visión peyorativa del mito, producto de un racionalismo demasiado estrecho y simplista. Estamos lejos de aquellas concepciones que oponían groseramente el mito a la razón, considerándolo fruto de la ignorancia y la superstición, engendro de una fantasía exuberante y poco cultivada, ajena al rigor científico. En el mejor de los casos, un núcleo de verdad oculto por las brumas de los caprichos de una imaginación desquiciada. Gracias al aporte de distintas disciplinas, sabemos hoy que el mito es un *estilo discursivo* que en más de un caso aparece como la forma idónea de referirse a lo que es, a menudo cuando se trata justamente de las dimensiones más recónditas y enigmáticas de lo real.

Imposible no evocar aquí a Platón. Sabido es que, firme partidario del *lógos*, Platón recurre sin embargo casi siempre al mito cada vez que están en juego las verdades últimas. Sobre la culminación del pensamiento occidental, Nietzsche y Freud proceden de la misma manera. Hegel, todavía en plena fiebre racionalista, sostenía que Platón echaba mano al mito porque entre los griegos el concepto se hallaba aún insuficientemente desarrollado y era por tanto impotente para dar cuenta de los aspectos más álgidos de lo real. Dialéctica hegeliana por medio, el mito podía ser tranquilamente desterrado.

Los tiempos no le han dado la razón a Hegel. Más que interesante el comentario de Conrado Eggers Lan en su magnífica edición del *Fedón*, publicada por primera vez en 1971. Nos explica en una nota¹ que la contraposición *mýthos-lógos* radica en *dos formas diferentes de expresión lingüística* (y no en la oposición ficción-verdad). En efecto, el vocablo griego *mýthos* significa “narración” o “palabra”. Pero, entonces, ¿cuál es la diferencia entre *mýthos* y *lógos*, puesto que este último término significa también “palabra”? se pregunta Eggers Lan. Y contesta: “Tanto *mýthos* como *lógos* significan «palabra», «narración», pero el uso del primer vocablo denota un cierto matiz subjetivo, una mayor referencia a la actitud del relatante (...) mientras el segundo remite más a la realidad objetiva”. Pero objetividad y verdad no son lo mismo, se apura a aclarar

¹ Véase *Fedón*, trad. cast. Conrado Eggers Lan, Bs. As., EUDEBA, 1983, 3ra. ed., nota 43, pp. 58-60.

Eggers, así como “el matiz subjetivo que sobreabunda en el mito no lo convierte forzosamente en una ficción o falsedad”. El *lógos* intenta dar permanencia a la realidad vivenciada, mientras el mito expresa más libremente la vivencia, “reteniendo más bien el colorido del *instante* (...) en lugar de pretender darle una *fijeza permanente*, como quiere el *lógos*”. En síntesis -concluye Eggers Lan, refiriéndose ahora específicamente a Platón-, éste he recurrido como pocos filósofos griegos al *lógos* pero ha tenido a su vez una clara consciencia de su limitación. Por ello, tuvo con tanta frecuencia la humildad de recurrir al mito, “cuando siente que la vivencia no es apresable en esquemas racionales sin menoscabo de su fuerza”.²

Sea como fuere, sobre el final de la metafísica, en pleno desierto racionalista, *racionalistas ellos mismos*, Nietzsche y Freud siembran el horizonte de mitos. Es que el despliegue de la razón científica, bien comprendido, lejos de disipar la enigmaticidad de lo real, la acrecienta y reclama en ocasiones el discurso mítico. He aquí lo que sobrepasa las posibilidades de comprensión de un racionalismo pedestre, justamente aquél que concibe el par mito-razón como oposición excluyente.

Ahora bien, hecha la salvedad, creo que cuando se alude al “psicoanálisis como mito” es imposible tomar la palabra “mito” en otra acepción que la peyorativa, aún corriente en el habla popular. Y es cierto que todavía circulan un buen número de *fabulaciones*, por así llamarlas, acerca de la teoría y la práctica del psicoanálisis. A riesgo de equivocarme, tomaré pues por ese camino. De aquí en adelante usaré entonces es término “mito” en el sentido vulgar de concepción ilusoria, falsa, etcétera.

Me parece sin embargo que en los últimos años los mitos relativos al psicoanálisis han sufrido una evidente declinación, circunstancia que no podemos sino celebrar. Por mi parte, me inclino a concebir el psicoanálisis como una práctica científica o, cuanto menos, como un camino de conocimiento con una fuerte base científica y con una estrecha relación con las ciencias. En términos generales, pienso al psicoanálisis como parte de ese gran movimiento de desacralización de la naturaleza y

² El *Diccionario Griego-Español* de Pabón y Echaury (Barcelona, BIBLOGRAF, 1964, 3ra. ed., Reimpresión) brinda las siguientes acepciones castellanas del vocablo griego *mýthos*: palabra, discurso, razón, dicho; discurso público; relato, comunicación, noticia, mensaje; conversación, plática; deliberación consigo mismo, reflexión, pensamiento, opinión, resolución, proyecto, diseño, plan; consejo, propuesta, mandato, encargo; rumor, habilla; relato imaginado, invención, leyenda, mito, fábula, cuento; objeto de la conversación, asunto, historia. Nótese como en ningún caso *mýthos* significa falsedad, discurso falso, como pretende el racionalismo iluminista vulgar. Llama la atención, además, la riqueza y amplitud semántica del término. Por fin, véase como apenas en algunas de sus significaciones –y no las más importantes– el sentido de *mýthos* se acerca un tanto al que todavía a menudo le atribuye el gran público; paradigmáticamente, “mito”. No parece demasiado aventurado inferir que cuando se entiende “mito” por oposición a “razón” sólo nos encontramos ante una metonimia desafortunada.

del hombre, todavía en curso, que fue la ciencia moderna. Allí lo inscribo. Para decirlo todo de una vez: comparto la posición de Freud en *El porvenir de una ilusión*, texto cuyo inequívoco sentido a favor del desarrollo del pensamiento científico ha sido sin embargo puesto en duda con argumentos especiosos por más de un psicoanalista.

Decía que creo que los mitos relativos al psicoanálisis declinaron ostensiblemente en tiempos recientes; digamos de cinco o diez años a esta parte. Muchos de esos mitos se vinculaban con la persistencia de las ideas y los sentimientos religiosos que, expulsados del reino de la naturaleza física, se refugiaron en el ámbito de la vida psíquica y social. Esas ideas y sentimientos religiosos, que muestran una singular adherencia, varios de cuyos motivos ha iluminado la misma teoría psicoanalítica, tomaron frecuentemente en el siglo XX la perversa figura de las ideologías totalitarias, a partir de la decadencia de la praxis estrictamente religiosa y las instituciones que le daban lugar. Estas ideologías se proponían básicamente realizar el paraíso en la Tierra, lo cual redundó en la criminalidad más aviesa. Me refiero, como es obvio, al nacional-socialismo y al comunismo, cuyos inéditos experimentos sociales - sumados a la hipocresía democrática- dejaron como saldo más de cincuenta millones de muertos. El comunismo, en particular, contó con la aún no reconocida complicidad de gran parte de los intelectuales de los países liberal-democráticos.

Lo que alentaba (y alienta) en esas ideas y sentimientos religiosos es la representación, cristiana en lo esencial, de la *redención* y la *salvación*. Como no podía ser de otra manera, este poderoso impulso penetró en el campo del psicoanálisis, mitificándolo. Durante un tiempo apreciable, analizarse era experimentado como vía de redención y salvación; una suerte de camino de Damasco que conducía a la obtención de una personalidad transfigurada, a una vida nueva y feliz, al paulino “hombre nuevo”, libre del insoportable malestar producto del círculo infernal entre pecado, culpa y sufrimiento. ¿Podemos dar por superada esa etapa?

Dejando de lado los dislates del freudo-marxismo, tipo Marcuse, para nombrar uno de sus cultores más sólidos, en los cuales no creo valga la pena detenerse siquiera un instante; haciendo abstracción de estos disparates, digo, todavía quedan los temas de la madurez (ligada, supongo, al anhelado arribo a la “etapa genital”), del yo como esfera libre de conflictos, del equilibrio emocional, de la pareja adulta y responsable y, quizá como compendio de todo ello y varias cosas más, verdadero broche de oro, el objetivo de la *salud*, representación llamativamente próxima a la de la salvación. Todo este conglomerado de orientaciones y expectativas compartido por analistas y pacientes (o

“analizantes”, como prefiere decirse en los últimos años), desplazó al psicoanálisis hacia la tierra encantada del mito o, por mejor decir, de la mitificación y la mistificación.

Pero todo esto es un poco antiguo aunque en muchos casos, fragmentariamente y en distintas proporciones, siga operando en el interior de la práctica analítica. Entre las cuatro paredes del consultorio mantienen su vigencia, abrumadoramente, innumerables prejuicios que ni psicoanalistas ni pacientes confesarían de buen grado. Pero el psicoanálisis como mito reconoce configuraciones más recientes. Porque la civilización occidental no sólo experimenta en los tiempos que corren la declinación de las grandes religiones tradicionales, en particular el cristianismo, como queda dicho, sino también la disolución de la metafísica.

Pues bien, el psicoanálisis, a partir de la influencia perniciosa de Lacan en este punto, tendió (y todavía tiende en muchos casos) a reemplazar a la metafísica, transformándose casi insensible pero adulteradamente en una concepción de mundo capaz de explicarlo todo, desde el movimiento de las estrellas hasta los malestares estomacales, si se me permite la ironía. Así, durante los años 80 y parte de los 90, se desarrolló en nuestro país al menos, una verdadera *metafísica del deseo*. El deseo como fundamento primero y último de todo lo existente, del ente en cuanto tal y en su totalidad, por decirlo a la Heidegger, al modo del *cogito* cartesiano, de la sustancia spinozista o, mejor todavía, del espíritu hegeliano. Me refiero, expresado en otros términos, a la tristemente célebre *metafísica de la “falta” o del “agujero”*; una visión del hombre por cierto deprimente pero bien adaptada -justo es admitirlo- a la simultánea impotencia y compulsión al consumo que padecen los individuos en la sociedad contemporánea desde mediados de los 70. Cuando no era la metafísica del deseo, de la “falta” o del “agujero”, era la trilogía de *lo imaginario, lo simbólico y lo real*; no había cosa en el mundo que se escapara de alguno de estos tres registros y su articulación. Toda vez que el psicoanálisis se convierte en una metafísica espuria -y elemental, digámoslo de paso- estamos también en presencia del psicoanálisis como mito.

Asimismo el psicoanálisis se mitifica cuando se pretende extraer de él una *moral* -no importa si la del éxito, la del fracaso o cualquier otra, ya que en este terreno abundan las ofertas-. Como es obvio, la moral sufre en nuestras sociedades una crisis tan profunda como la religión o la metafísica, pero como sucede en estos dos casos el psicoanálisis debe guardarse de sucumbir ante la tentación del reemplazo. La finalidad del psicoanálisis no es salvar personas, construir metafísicas burdas y tardías o dictar

normas morales. Por eso debe ser asaz escrupuloso incluso cuando se postula una ética del psicoanálisis.

Para finalizar, otros dos aspectos relativamente actuales de la mitificación del psicoanálisis. El primero radica en la idea de que el psicoanálisis podría instituir *una nueva forma de “hacer política”* a partir de sí, esto es, de sus teorías, de sus técnicas, de sus lógicas. Pero no hay ni puede haber una política específica del psicoanálisis ni, mucho menos, el establecimiento de una nueva configuración de los juegos de poder, a partir de la teoría y la práctica psicoanalíticas. La política obedece a sus propias leyes, ajenas al psicoanálisis. Quien quiera conocerlas debe leer a Maquiavelo, no a Freud, Klein o Lacan. Las mismas prácticas de poder en las instituciones psicoanalíticas responden a una lógica política y no psicoanalítica.

El segundo aspecto mencionado consiste en cierta tendencia al *esoterismo* que circula en el campo psicoanalítico, ligado a secretos y prácticas de iniciación a los cuales sólo unos pocos elegidos tendrían pleno acceso debido a algún *maná* divino que poseen.

Últimamente se dibuja en el horizonte una nueva mitificación, concerniente a *la naturaleza de lo femenino*. Una suerte de pseudometafísica de la feminidad que, según todas las apariencias, recubre un *feminismo* sofisticado. Me apresuro a decir que el feminismo, en cualquiera de sus variantes, es incompatible con la teoría psicoanalítica. Cierto es que tanto Nietzsche como Freud distinguieron con claridad la naturaleza del varón y de la mujer, sentando una diferencia irreductible entre ambas y extrayendo sorprendentes consecuencias, todavía poco exploradas, allí donde la tradición licuaba todo en la representación sexualmente neutra “hombre”. Representación tan oprobiosa para varones como para mujeres, contrariamente a lo que piensan las feministas, convencidas del carácter “machista” de la civilización occidental. El “hombre” no es una representación “machista” ni, por ende, tampoco lo es la tradición occidental, cuyo verdadero problema es haber desconocido el abismo que separa a ambos sexos y lo que de ahí se desprende. “El abismo más pequeño es el más difícil de salvar”, decía Nietzsche en *Así habló Zaratustra*. El “hombre” es una abstracción encubridora que malinterpreta y maltrata por igual a varones y mujeres.

Cierto es también que Nietzsche adjudica a la mujer el lugar de la verdad, pero esto no es nada de lo cual enorgullecerse, puesto que para Nietzsche la verdad se funde con el horror, permanece problemática y hostil, no es fácil conciliarla con la vida.

El feminismo, no importa su forma, es siempre *envidia y resentimiento*. Para peor, envidia y resentimiento que se alimentan de la confusión intelectual de suponer que los varones poseen algo que en verdad no tienen. Lo tendrá el “hombre”, pero el “hombre” no existe. Existen únicamente varones y mujeres, cuerpos densamente sexuados donde por instantes destella la inteligencia.

De cualquier manera, la pseudometafísica de la feminidad no parece tener la fuerza que sí tuvo en su momento la de la “falta”, la “carencia”, el “agujero”, aunque se halla íntimamente relacionada con ella. No cabe descartar, por último, que la exaltación de la mujer “no toda” y cosas por el estilo, sean una nueva argucia masculina en la eterna guerra entre los sexos.

El psicoanálisis parece ser, en suma, un ámbito propicio para acoger impulsos religiosos, metafísicos, morales, que han perdido sus lugares naturales de descarga, sus formas clásicas de satisfacción. Por eso debe redoblar la guardia, evitar por todos los medios que impulsos errantes se le adhieran y lo desnaturalicen. Pues el psicoanálisis, desmitificado, es una extraordinaria aventura del conocimiento, con el señalado sentido y valor inestimable que ello adquiere “después” de la muerte de Dios. Sus teorías, técnicas y procederes lo habilitan a descubrir nuevos territorios todavía inexplorados y a ver con nuevos ojos los ya conocidos, sin ninguna otra finalidad –al menos por ahora– que *el placer del conocimiento* (no lo hay más alto) y acaso la posibilidad de ensayar *nuevas formas de vida*, singulares y experimentales, más allá de ilusorias garantías. El psicoanálisis ofrece al individuo contemporáneo una de las pocas posibilidades creativas de las que puede disponer. Pero para que esto sea efectivamente así, es decir, para que el psicoanálisis despliegue su auténtica potencia y nos proporcione las naves que nos permitan descubrir las Américas de la subjetividad, debe asumir sin retaceos la muerte de Dios o, lo que es igual, inscribir su teoría y su práctica en un horizonte *posreligioso, posmetafísico y posmoral*.

La consigna es entonces rechazar la mitificación del psicoanálisis, en el sentido del uso vulgar y peyorativo del término “mito”, sin dejar por ello de construir relatos míticos (en el sentido de Eggers Lan) allí donde las cosas mismas lo exijan, tanto en la teoría como en la práctica. Espero que este punto haya quedado claro.

